

«Valoración del entendimiento agente en la gnoseología de Santo Tomás»

Tal es el título de un folleto de 68 páginas, publicado en 1957 por el R. P. Manuel Ramírez Parés, C. M. F. Es nada más que un extracto de la Tesis por él defendida, en el Ateneo «Angelicum» de Roma, para la obtención del grado de Doctor en Filosofía. Lo publicado en este folleto forma parte, según el autor advierte, de un libro que piensa publicar en fecha no lejana. Para que el lector se dé cuenta de cuál es el sitio que corresponde a este extracto en la tesis íntegra, su autor, después de consignar la abundantísima bibliografía que ha tenido que utilizar en su elaboración, muy oportunamente nos presenta en esquema la estructura de su tesis, que consta de seis grandes partes, cuyos títulos generales son los siguientes: I. Existencia del entendimiento agente. II. El problema de la perfección del entendimiento agente. III. Doctrina de Santo Tomás sobre la perfección del entendimiento agente. IV. Naturaleza del entendimiento agente. V. Dificultades contra la superioridad del entendimiento agente. VI. Doctrina de la superioridad del entendimiento agente en su perspectiva histórica.

De estos seis capítulos, que ulteriormente se dividen y subdividen en muchos otros apartados, en el extracto de la tesis se publica únicamente el III íntegro, y una parte del V, solamente la dedicada a examinar críticamente y refutar la doctrina de Suárez. Es ésta, según parece, opuesta a la afirmación del autor, empeñado en sostener el mayor valor absoluto del entendimiento agente respecto del entendimiento posible. Esta manera de ver le parece ser más conforme a la de Santo Tomás, y a la de los primeros tomistas. De ella sin embargo disienten, no solamente Suárez, sino también otros tomistas tan insignes y adictos a la doctrina del Angélico como puedan serlo los primeros. Entre los que disienten figura nada menos que el célebre tomista Juan de Santo Tomás.

El lector de este folleto que haya estudiado como se debe la magna cuestión psicológica del origen de las ideas en el entendimiento humano, tal como la resuelven casi unánimemente, por lo menos en sus líneas fundamentales, los filósofos escolásticos, no tendrá dificultad alguna en entender los términos del problema.

Cuestión es ésta, como se ve, de tal naturaleza que, sea lo que fuere de la posibilidad de derivaciones lógicas a otras doctrinas, aun teológicas, con este problema relacionadas, aun en el caso de que se resolviese en sentido contrario del que pretende el autor, en nada perjudicaría a la teoría gnoseológica general dentro de la cual

únicamente se plantea, sino que más bien facilitaría su inteligencia y por consiguiente, el que fuese por todos aceptada con menor dificultad.

Mas para que todos, aun los no versados en la gnoseología escolástica, puedan apreciar mejor el mérito, la profundidad y el vastísimo conocimiento de las obras de Santo Tomás y de las de sus principales comentadores, de todo lo cual da patentes muestras el autor de esta tesis, parecen oportunas algunas breves indicaciones sobre la doctrina admitida por casi todos los autores escolásticos, al tratar de la cuestión del origen de las ideas en el entendimiento humano, en el marco de la cual se plantea el problema discutido por el autor.

Para ello es oportuno tener en cuenta, ante todo, la peculiar *naturaleza de todo conocimiento*, muy distinta de la de cualesquier otras realidades de las que tenemos experiencia. Considerado en su entidad, todo conocimiento aparece a nuestra experiencia inmediata como algo que se produce en nosotros, que comienza a existir, que fluye y se desvanece, dejando en pos de sí algo en virtud de lo cual puede ser reproducido y reconocido en la memoria. Este algo es lo que en el tecnicismo escolástico suele llamarse *especie memorativa*. El conocimiento pues, es *algún género de actividad* o supone una actividad; y, por tanto también un agente del cual dimana, que es un sujeto activo permanente en el que ésta actividad está y se recibe. Sería, en efecto evidentemente absurdo afirmar que el ser o la entidad de mi conocimiento no está en mí, sino fuera de mí. No sería ya mi conocimiento.

Es además una actividad *perfectamente inmanente* al sujeto cognosciente. La estrictísima y perfecta inmanencia, que es ya esencial a toda operación vital, aun a las de la vida únicamente vegetativa, por lo menos en su fase terminal, compete también y aun de un modo más perfecto a todo conocimiento considerado desde el *punto de vista entitativo*.

Es verdad que el conocimiento, si se considera desde el *punto de vista representativo*, o sea, en cuanto es una actividad por la que se presenta al cognoscente una forma o imagen intencional del objeto conocido, es también y puede en verdad llamarse *trascendente* al que conoce, sobre todo cuando se trata del conocimiento de un objeto distinto del mismo sujeto que conoce. Pero aun desde este punto de vista representativo e intencional, todo conocimiento es también *al mismo tiempo inmanente* al cognoscente, en cuanto la imagen intencional en que consiste es el término de la acción vital de conocer. Es el cognoscente, en efecto, el que físicamente produce esta imagen intencional en la que consiste el conocimiento; imagen mental que como tal es recibida y está en el mismo como un accidente en su sujeto.

También es necesario tener presente para entender los términos del problema que el autor de esta tesis se plantea, que en el hombre

se dan dos géneros de conocimientos, irreductibles entre sí y esencialmente distintos en sí mismos y en sus causas; es a saber: el conocer intelectivo, y el conocer sensitivo. El conocimiento intelectivo es espiritual y por tanto procedente de energías espirituales del alma humana y recibido solamente en ella. El conocimiento sensitivo, por el contrario, es debido a energías materiales del cuerpo vivo y en éste solamente recibido. Por tanto, solamente el alma es aquello por lo que el hombre entiende; y solamente el cuerpo vivo humano es el que siente.

Esto supuesto, la tarea que se impone a toda gnoseología, entendida esta palabra como teoría o explicación del conocer humano, es la de asignar las causas que hacen posible, y de hecho intervienen en la producción de estas dos clases de conocimientos y especialmente la manera como originariamente las obtiene el hombre.

A base del conocimiento experimental que tenemos de los factores que intervienen en la producción del conocimiento sensitivo, resulta esta tarea relativamente fácil en lo que atañe a los conocimientos sensitivos, aun los más complejos y elaborados, que en esta cuestión, para abreviar, son designados con el nombre convencional de *fantasma*.

Los conocimientos sensitivos en efecto se adquieren por la experiencia, o sea por la acción de las energías físicas del mundo material en el que vivimos sumergidos; las cuales, captadas por los órganos sensoriales dotados de la correspondiente energía vital sensitiva, producen el conocimiento sensitivo. *Estas energías sensitivas, sitas en los órganos sensoriales del cuerpo humano vivo, aunque en el hombre dimanan de su única alma que es espiritual, no existen formalmente sino sólo virtualmente en ella; ni son por tanto espirituales, sino materiales, pues son accidentes del cuerpo vivo que es un sujeto material y corpóreo.* Por tanto, aunque estas energías provienen en último término del alma, como constitutivo substancial que es junto con la materia, del cuerpo humano vivo; ni éllas ni las actividades por ellas producidas, aun las más perfectas y complejas como las de la fantasía, dejan de ser materiales. Depende en efecto intrínsecamente en su ser y en su producirse del cuerpo, que por medio de sus propias energías sensitivas las produce y las recibe en sí. Todos los conocimientos sensitivos, pues, como estrictamente inmateriales que son, quedan como encerrados dentro del psiquismo puramente sensitivo y material, y son, como hemos dicho, esencialmente diversos de los conocimientos del entendimiento, energía espiritual de sola el alma espiritual que los produce.

Fácilmente también se puede dar razón del origen y formación de los conocimientos intelectuales aun de los más complejos y elevados que constituyen la ciencia humana, los cuales ciertamente se obtienen por medio de la actuación de las funciones exclusivamente espirituales llamadas juicio y raciocinio debidas a energías connaturales al

entendimiento humano, que se ponen en acción apenas llegan a él las primeras ideas o conceptos.

Mas, cuando se trata de explicar el origen de estos conceptos o ideas primigenias se ofrece al filósofo uno de los problemas más difíciles de resolver. Nos faltan aquí datos inmediatos de experiencia sobre los factores que actúan inmediatamente en su producción, y es necesario por ello recurrir a energías y causas hipotéticas, supuestas las cuales se obtiene una explicación racionalmente admisible.

La hipótesis de especies o ideas que fuesen innatas al entendimiento humano, a la que en el transcurso de la historia de la filosofía han ido recurriendo no pocos pensadores, es rechazada unánimemente por todos los filósofos aristotélico-escolásticos como gratuita e innecesaria. Todos los escolásticos afirman que el entendimiento humano por su misma naturaleza no está en posesión de lo inteligible. Éste se halla en él solamente *en potencia*, a la manera como, según el decir de Aristóteles, la escritura está en la tablilla de escribir que usaban los antiguos, antes de que en ella se haya escrito algo. Hoy diríamos que el entendimiento humano por su naturaleza es a manera de una placa fotográfica, todavía no impresionada por la luz. Esto mismo expresan los escolásticos sin excepción, cuando afirman que el entendimiento «est tamquam tabula rasa in qua nihil est scriptum»; y que todo lo que en él hay, ha entrado por los sentidos: «Nihil est intellectu quod prius non fuerit aliquo modo in sensu».

¿Cómo pues dar razón de la manera como en esa placa fotográfica virgen del entendimiento humano aparecen las primeras ideas o conceptos abstractos de objetos materiales percibidos por los sentidos? ¿De qué manera el conocimiento sensitivo, aun el más perfecto y elaborado que, por cierta convención y para abreviar, es designado con el nombre de fantasma, influye en la producción de la idea? ¿Cómo es posible que el fantasma, que es un accidente o cualidad material producida por el cuerpo y recibida en el mismo, y más concretamente en el sistema nervioso central, o sea en el cerebro, llegue a producir en el entendimiento espiritual el impacto que evidentemente es necesario para que surja en él la primera idea o concepto de lo conocido por los sentidos?

Algunos filósofos, aun entre los escolásticos, con el afán de simplificar lo que de sí es evidentemente muy complejo, opinaron que el conocimiento sensitivo, sin dejar de ser material e inmanente al cuerpo humano, como lo es al de los animales, llegaba también por sí mismo al alma espiritual del hombre; la cual, según ellos, por el mero hecho de ser forma substancial del cuerpo humano no podía menos de recibir la sensación y sentir. Opinión es esta evidentemente inadmisible; opinión más simplista que sencilla, por muchas razones que sería inoportuno aducir aquí.

No es esta ciertamente la opinión de Aristóteles, ni mucho menos la de Santo Tomás, sobre la materialidad de la sensación, como cree-

mos haberlo demostrado brevemente en nuestro *Tractatus Psychologiae*, en el vol. II, de la *Psychologiae scholasticae Summa* de la B. A. C. números 216-218; y más extensamente en otras publicaciones nuestras. Si esta explicación de la materialidad del conocimiento sensitivo y de su llegada al entendimiento del hombre fuese admisible, ni Aristóteles, ni Santo Tomás habrían tenido que preocuparse en idear una teoría tan profunda y completa como la suya, para dar una explicación plausible de la aparición en el entendimiento humano de los primeros conceptos o ideas primigenias de los objetos sensitivamente conocidos. No lo hicieron ciertamente así; y para salvar el abismo que media entre el sentir y el entender, afirmaron que para ello, era preciso que el entendimiento humano que conoce, llamado *entendimiento posible o pasible*, fuese previamente fecundado por una cualidad espiritual llamada *especie impresa intelígible*, que le determinase a conocer suministrándole la semejanza intencional del objeto conocido. Especie impresa espiritual que es educida en el entendimiento por la acción mancomunada de otra facultad espiritual del alma, no cognoscitiva sino puramente activa y siempre en acto, llamada *entendimiento agente*, como causa principal; y por el *fastasma* como causa secundaria o instrumental. El concurso de éste es necesario para aportar a la común acción, la semejanza del objeto representado en la idea; y el del entendimiento agente, para dar razón de de esta espiritualidad.

Tal es a grandes rasgos la teoría, propuesta ya por Aristóteles, no sin alguna oscuridad que a través de la Historia de la Filosofía ha dado lugar a malas inteligencias y falsas interpretaciones. Admitida ya esta teoría por autores anteriores a Santo Tomás, principalmente por San Alberto Magno, fué llevada a su mayor perfección, aun en los menores detalles, por el Doctor Común, y es generalmente aceptada y expuesta por todos los autores escolásticos y neoescolásticos.

Era menester recordar lo que acabamos de exponer, para que, aun los menos versados en la doctrina psicológica de los escolásticos puedan hacerse cargo del mérito de la tesis del P. Ramírez, en la que, dada por supuesta la mencionada teoría, trata de averiguar solamente si en la jerarquía de las facultades humanas que intervienen en el conocimiento intelectual, y más concretamente aun, si entre los dos entendimientos mencionados el *entendimiento posible* que entiende, y el *entendimiento agente*, por el que principalmente se hace posible la intelección, cuál de los dos ha de ser considerado como absolutamente superior; y esto, según la doctrina de Santo Tomás. La conclusión a que llega el autor de la tesis es que el Doctor Angélico y también los primeros comentaristas de su doctrina otorgan la primacía al *entendimiento agente*, a pesar de no ser éste el que entiende sino solamente el *possible o pasible*. Se opone en esto al parecer de los comentaristas posteriores que consideran como superior el *entendimiento posible*.

Llega el autor de la tesis a esta conclusión después de investigar la doctrina de un gran número de comentadores de Santo Tomás, y de textos del Santo Doctor. Difícilmente habrá texto alguno de algún modo relacionado con la presente cuestión, entre los 303 que se registran en la *Tabula aurea* de Pedro de Bergomo bajo el título: *Intellectio*, que no haya sido tenido en cuenta y examinado por el autor. Evidentemente esto supone un trabajo pacientísimo y prolongado, y por sí solo acredita el mérito del autor.

No entra en nuestro propósito poner en duda ni discutir las razones en que se funda el autor para llegar a su conclusión. Sería esto impróprio de una simple nota como la que nos hemos propuesto escribir. Notaremos solamente la conveniencia de que aquellos a los que interese entrar en esta discusión, antes de pasar a ella, determinen bien y se pongan de acuerdo en la definición de lo que se entiende por *mayor perfección absoluta*, o por *facultad principal*, o por *mayor importancia de una facultad* sobre las otras. De otra suerte fácilmente la discusión podría degenerar en una mera cuestión de palabras.

También parece útil tener en cuenta que en la materia de esta discusión, tan remota de nuestra experiencia inmediata, los autores se ven muchas veces precisados, para expresarla, a servirse de expresiones metafóricas, las cuales han de ser sobriamente entendidas, so pena de que por una interpretación demasiado material, resulten aun ridículas, o por lo menos tales que induzcan a una sobrevaloración del papel que por ellas se asigna a los diversos factores que intervienen en la producción de las primeras ideas. Son particularmente expuestas a esta sobrevaloración las expresiones metafóricas con las que se describe el papel que desempeña el entendimiento agente, cuando se dice que su función es la de elevar el fantasma a la producción de la especie impresa; o la de iluminar el fantasma; o la de abstraer la especie impresa del fantasma; o la de confortar al entendimiento posible; las cuales, demasiado materialmente interpretadas pueden resultar inexactas, o inducir a una sobrevaloración del papel que desempeña el entendimiento agente.

Notaremos, por fin, que más que decidir la cuestión propuesta sobre a cuál de los dos entendimientos hay que otorgar la preeminencia y la superioridad, interesa demostrar la realidad de su existencia; y en general, lo aceptable que es en sí misma y conforme con la experiencia y la razón, la teoría ideogénica aristotélico-escolástica. Y esto supuesto, sinceramente profesarla. Bastaría para movernos a ello; el hecho indiscutible de que no contamos en la actualidad con otra teoría ideogénica, no sólo mejor fundada en la experiencia, pero ni siquiera admisible, por ser las otras, o en sí mismas, o en la doctrina que presuponen, evidentemente erróneas.

Fernando M. PALMÉS, S. I.